

JOSÉ MARÍA VARGAS VILA

DIARIO SECRETO

**Selección, introducción y notas de
Consuelo Triviño**

Prólogo de Rafael Conte



En la introducción escrita para presentar este libro, llamado a convertirse en una verdadera primicia editorial, Consuelo Triviño dice lo siguiente: «Hasta hace cinco años se pensaba que el diario de Vargas Vila se encontraba bajo la custodia del gobierno mexicano. Sin embargo, en una entrevista que se le hizo a Fidel Castro en 1985, éste reveló que el gobierno cubano guardaba celosamente no sólo el diario sino también unas cuantas novelas y documentos (del autor) que... serían debidamente catalogados y puestos en manos de expertos para ser estudiados».

Con el ánimo de rastrear la veracidad de estas revelaciones, Consuelo Triviño, quien por aquel entonces se estaba doctorando en la Universidad Complutense de Madrid, España, con una tesis sobre «El sentido trágico de la vida en la obra de Vargas Vila», logró que la Sociedad Estatal para la Ejecución de Programas del Quinto Centenario le otorgara una beca para viajar a Cuba a investigar el tema. Y allí, después de múltiples dificultades, consiguió tener acceso a los archivos del Consejo de Estado de la isla en cuyos anaqueles, efectivamente, se hallaba el diario de José María Vargas Vila.

«Tagebuch», en alemán, lo había titulado su autor. Se trataba de un manojo de cuadernos escritos a mano y muy rudimentariamente empastados, pero en ellos estaban las memorias inéditas del famoso novelista, diplomático, poeta y panfletario que fue capaz de amasar una fortuna a base de insultar y de escandalizar a sus contemporáneos.

PRÓLOGO

Nunca se sabe muy bien por qué un libro tiene éxito o no. Cervantes no lo alcanzó hasta casi el final de su vida, Thomas Mann desde el principio, Faulkner llegó a ser conocido pero no muy leído, y Kafka no lo conoció jamás. Pero si es difícil saber por qué se lee un libro, mucho más complicado es conocer las razones por las que dejó de leerse. Vargas Vila, el apasionado y torrencial escritor colombiano que murió hace ya más de medio siglo, era un "best-seller" hace tres cuartos. Escribió y publicó 68 volúmenes que fue editando en Colombia, en España, en París: 22 novelas, tres libros de relatos, once de ensayo literario, siete de filosofía, siete de ensayos históricos, seis de temas políticos, uno de conferencias y una tragedia. La edición más lamosa y popular de sus obras fue la de la Casa Ramón Sopena de Barcelona. Alberto Zum Felde decía que Vargas Vila publicaba en España y vendía en América Latina, pues los lectores españoles lo despreciaban. Nada menos cierto; Vargas Vila se leyó con profusión en todo el ámbito del idioma, y todavía esas viejas ediciones se compran y se venden, manoseadas y desencuadernadas, en las librerías de ocasión y en las casetas de los libros viejos de la cuesta de Claudio Moyano en Madrid, o en el mercado de San Antón de Barcelona. Ya no se le reedita, es verdad; pero aún se le lee un poco.

Es posible que todo parezca un poco excesivo: excesivo fue su éxito, desde luego, y creo que también excesivo el silencio funeral que ha caído sobre su obra. Lo que sucede es también que el primer excesivo fue el propio au-

tor, su obra misma, que irremediablemente, llevada de su exceso y de su pasión, deja escaso resquicio al término medio. Durante su propia vida fue combatido casi a muerte, y los estudiosos de la narrativa latinoamericana le negaron el pan y la sal; pero él les ganó la batalla en la calle. En la actualidad las aguas parecen volver a sus cauces, y desde Luis Alberto Sánchez, en su *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, se valora a Vargas Vila de manera más objetiva y menos apasionada. Giuseppe Bellini, en su *Historia de la literatura hispanoamericana*, sin defenderlo del todo, aprecia sus valores políticos y sociales. Alberto Zum Felde –como ya he dicho– y Rudolf Grossmann consideran su obra deleznable. Anderson Imbert lo trata con desenvoltura paternalista. Y hasta el último Diccionario Oxford de *Literatura española e hispanoamericana* le concede media columna objetiva. Sólo falta que se publique alguno de los propios libros de Vargas Vila, al menos –ya que todos sería imposible y además perjudicial– algunos de los más significativos. Alguna novela, por ejemplo, como *Aura o las violetas* (que fue la que le dio fama), o *Flor de fango o Ibis*. Su libro sobre *Rubén Darío*, dos de historia, como *La muerte del cóndor o Los césares de la decadencia*, y algún texto político, tal que *Laureles rojos*, *Clepsidra roja* o *Ante los bárbaros*.

Lo que también ha sucedido es que, cuando todo podía haberse puesto en su sitio, vino la ventura del “boom” latinoamericano, que si bien sirvió para recuperar algún antiguo precedente –vivo, como Onetti, ya desaparecido, como Roberto Arlt– impuso otra manera de escribir y una nueva sensibilidad. Vargas Vila quedaba irremisiblemente atrás. ¿Para siempre? Eso no se sabrá jamás, pues tampoco la prosa de Roberto Arlt, boy tan indiscutible, era tan sabia ni correcta. Aunque lo malo es que Arlt maltrató su prosa hasta hacerla de una evidente intensidad expresiva, mientras que Vargas Vila la acariciaba demasiado, hasta el paroxismo de la cursilería, en ocasiones.

Eligió bien sus modelos, sobre todo a Rubén Darío, y algo menos a Gabrielle D'Annunzio, sin pensar que ninguno de los dos se llamaba así. Vargas Vila, por el contrario, no cambió su nombre. Pero atravesó esos mismos modelos, los llevó hasta más allá de sí mismos, y casi acabó con ellos. Hoy diríamos que Vargas Vila es demasiado, o, en lenguaje "cheli", "demasié". En su prosa desbordada y que se quiere lujosa hay toneladas de adjetivos encadenados, versos derramados, sin la menor pudicia, encabalgamientos de párrafos y párrafos retóricos, barrocos, descriptivos, donde el placer por la palabra se ensancha hasta la exasperación: las palabras se convierten en globos que bien ascienden hacia al estratosfera y se pierden de vista, o explotan o se desinflan. Le faltó medida y le sobró pasión: lo primero es irremediable; pero la pasión era buena, no se olvide. Ya se sabe que no se hace literatura con buenos sentimientos. Pero si fracasó en alcanzar esa buena literatura necesaria —¿y qué habría llegado a ser si lo hubiera conseguido?—, su pasión, su progresismo, su rebeldía, merecen que se le recuerde y que alguna que otra vez se le lea. Pues además fue —y es— un trozo de nuestra historia.

También vaciló entre casi todas las corrientes. En un principio fue un escritor afrancesado, ahora que ya no está de moda, modernista, a la manera de un Enrique Larreta, otro autor olvidado a quien hay que releer, y que ideológicamente estaba en sus antípodas. Hizo novela sentimental, y posiblemente más sentimental que ninguna otra, y hoy está de moda esconder los sentimientos y ocultar toda suerte de patetismos. Hizo también novela política y política a chorros, y ahí merece que se le siga. Acaso nos acercaría a él la moda por lo "Kitsch". Admite parodias sin número, pero él nunca supo que se parodiaba. Hay que rescatar de una vez a Vargas Vila, colocarlo en su debido sitio, y que no se nos vuelva a escapar otra vez.

Pues fue además todo un espectáculo. Esta selección de su gran diario inédito, que con vocación, cuidado y sensibilidad nos ofrece Consuelo Triviño, es todo un regalo. Y señala la necesidad de que este texto se publique en su integridad, idea que apoyo sin reservas. Pues aquí conocemos la subjetividad de un hombre que fue subjetivo hasta la saciedad, generoso hasta el derroche, que sufrió persecución por la justicia, y que merece otro destino del que esta época triste, manipulada y artificial parece haberle reservado. De todas formas, aún quedan rescoldos en la hoguera que lo consumió, y Consuelo Triviño viene aquí a reanimar la breve llama que nunca se extingue del todo. Y así, mediante este tipo de operaciones, es como el mundo sigue adelante.

Rafael Conte

INTRODUCCIÓN

Un bogotano rebelde

Resulta curioso encontrar figuras como la de José María Vargas Vila entre la vasta y heterogénea gama de escritores hispanoamericanos de finales del siglo pasado y principios del presente. Jamás un escritor fue tan duramente castigado por sus compatriotas como este radical que, a fuerza de despotricar contra el clero, de insultar a los tiranos de la América hispana y de vociferar airadamente contra el imperialismo yanqui, conquistó un lugar destacado en el ámbito de las letras en nuestro continente. Que Vargas Vila haya sido prohibido en su patria explica, de algún modo, el interés que en el pasado despertó su obra. Comprender a este autor implica, en consecuencia, volver la mirada sobre el país que tanto desdén le mostró. Igualmente, el desprecio que la intelectualidad colombiana simio por él contribuyó de una manera extraña a aumentar su popularidad. De su prestigio dan cuenta, en España, los testimonios de viejos anarquistas que se inspiraron en sus panfletos y las numerosas ediciones de Sopena, Rubiños, Bauzá y Maucci, editoriales importantes en su tiempo. En Hispanoamérica, en cambio, su éxito fue de otra índole. Allí se le conoció ampliamente y fue entre los sectores populares donde se difundieron sus ideas y se repitieron emocionadamente sus panfletos. Los estudiantes, los campesinos y los obreros, aun sin haberlo leído,

do, recitaban aquellas terribles frases lanzadas contra Núñez y contra los conservadores

Sin embargo, la fama de Vargas Vila no se ha complementado con un estudio exhaustivo de su obra. Esta, a mi juicio, debe ser mirada desde una perspectiva sociológica, porque sólo así explicaremos el fenómeno de su popularidad. Es preciso apuntar al público decimonónico, a sus gustos, a sus aspiraciones, a sus frustraciones y al efecto que produjo en éste la lectura de las obras de José María Vargas Vila, cuyo poder de captación fue notable. En este proceso no debe ignorarse el papel que desempeñó el crecimiento de la industria editorial, que hizo posible que amplios sectores de la sociedad, tradicionalmente iletrados, se familiarizaran con el libro. La literatura de folletín – como se designa esta literatura– llenó los ratos de ocio de las clases populares e hizo de ciertos escritores verdaderos mitos, a la imagen y semejanza de Víctor Hugo y de D'Annunzio. En Cuba, por ejemplo, Vargas Vila era el escritor preferido de las tabacaleras. *Ante los bárbaros* fue el credo en el que se formaron varias generaciones de anti-imperialistas en muchos países latinoamericanos. Novelas románticas como *Aura o las violetas* fueron leídas masivamente y arrancaron caudales de lágrimas a las muchachas de entonces. El discurso *Ante la tumba de Diógenes Arrieta* conmovió a aquellos liberales radicales que en el destierro, o marginados dentro de su patria, sentían la opresión conservadora.

La obra de Vargas Vila incluye libros de política, de filosofía, de historia, de estética, algunos poemas y unas cuantas novelas. Estas últimas merecerían un estudio aparte por el singular desarrollo de los temas, por su visión trágica de la vida y por el tratamiento del erotismo, y a pesar de que hoy nos resultan ingenuas, en su tiempo fueron verdaderas piedras de escándalo y motivaron la excomunión tanto del autor como de aquellos que se atrevieron a leerlas. La consecuencia lógica de estas medidas fue la di-

fusión clandestina de sus libros en ediciones piratas que llegaban a Colombia a través de México. Muchos colombianos de principios del siglo se iniciaron sexualmente con el desaforado erotismo de *Ibis* o de *El alma de los lirios*, libros que muestran una pésima imagen de la mujer. En sus páginas se regodeó el machismo latinoamericano y, de manera consciente o inconsciente, Vargas Vila hizo del machismo un gancho para atrapar lectores. Esto ayudó a difundir la leyenda del escritor a todo lo largo y ancho del continente hispanoamericano, donde se volvió famoso por sus extravagancias, sus demoleedores insultos y los suicidios causados por la lectura de *Ibis*. Nadie más satisfecho que el propio autor con todas estas historias, en las que se le identificaba con los personajes demoníacos de sus novelas.

Vargas Vila llegó a ser uno de los pocos escritores que hizo una fortuna insultando y escandalizando a sus contemporáneos. Con los derechos de autor que le dejaban sus libros reunía hasta sesenta mil pesetas al año, y su editor, Ramón Sopena, decía con cierta ironía que las malgastaba en chalecos. Lo cierto es que el rebelde hispanoamericano era un verdadero dandy. Sentía una suerte de fascinación por las joyas, las colonias y los trajes, y para llamar la atención vestía de una manera un tanto estrafalaria, que algunos juzgaban pasada de moda para la época. Ataviado así, Vargas Vila se paseó por los más elegantes salones europeos ostentando su cargo de diplomático de los gobiernos de Nicaragua y Ecuador y disfrutando de una popularidad indiscutible, mientras que sus libros le permitieron comprarse una finca en Málaga y realizar viajes por países del Lejano Oriente en busca de motivos exóticos, como correspondía a todo modernista que se respetara.

Aquel niño enfermizo y enclenque, nacido en Bogotá en el seno de una familia venida a menos y empobrecida aún más a causa de la muerte prematura del padre, jamás se imaginó que iría a aglutinar en torno suyo tal cantidad

de historias y a despertar odios y pasiones como las de aquel campesino que fue capaz de matar a su interlocutor por atreverse a afirmar que Vargas Vila era menos grande que Víctor Hugo. No obstante, desde muy joven Vargas Vila ya mostraba brotes de insubordinación en su carácter arrogante y altivo. Entre las privaciones y las humillaciones de un ambiente clasista transcurrió su infancia, y su primer acto de rebeldía fue contra la miseria que limitaba sus posibilidades y ensombrecía su horizonte. El segundo lo dirigió contra la Iglesia que coartaba su libertad de pensamiento y lo obligaba a aceptar la pobreza con cristiana resignación. Bogotá era entonces una ciudad provinciana, lúgubre y silenciosa donde los chismes y las intrigas eran lo único que sacaba a sus habitantes de la monotonía; los curas manejaban las conciencias mientras protegían los intereses de los hacendados y de los comerciantes; el grueso de la población estaba conformado por indios y mendigos que se daban cita en la plaza los días de mercado, y los olores fétidos que emanaban de los caños daban el toque final a esa "Atenas suramericana" cuyas élites tenían el don innato de hablar en verso.

Durante el gobierno radical instaurado en 1860 ocurrieron algunos incidentes que sacaron del sopor a aquella ciudad perezosa y desaliñada: el clero fue atacado y los bienes de la Iglesia pasaron a manos del Estado; las comunidades religiosas se cerraron y una fuerte reacción anticlerical, respaldada por el nuevo gobierno, creó un ambiente de polémica que encontró en los periódicos la más eficaz forma de expresión. Curas y rebeldes querían manejar la opinión pública; los unos excomulgaban y los otros exigían libertad de pensamiento y de culto religioso. El anticlericalismo de Vargas Vila fue madurando en estas disputas insalvables de los últimos años del régimen radical. No obstante, Colombia siguió siendo profundamente conservadora y católica. La osadía de los radicales fue duramente castigada durante la "regeneración" llevada a ca-

bo por Núñez a partir de 1885. Vargas Vila tuvo que huir hacia la frontera con Venezuela, donde inició su carrera de panfletario. Y consciente del valor de la palabra, se impuso la tarea de combatir con su pluma las tiranías de Hispanoamérica.

Radical hasta la hora de su muerte, el escritor no volvió a pisar el suelo de su patria, salvo en una ocasión, hacia el año 1924, cuando se detuvo en el puerto de Barranquilla, de paso para Buenos Aires. Hacía treinta años había dejado la triste e ingrata ciudad que lo vio nacer. Desde entonces su fama se había extendido más allá de las fronteras del continente americano. Había vivido en Nueva York, donde fundó su revista *Hispanoamérica* y conoció a Martí y a un buen puñado de librepensadores que desde el exilio luchaban por el ideario liberal en sus países. Había sido reconocido en Europa, donde se le consideraba como uno de los escritores más importantes del modernismo. El recibimiento que le hicieron los estudiantes barranquilleros en 1925 fue sencillamente apoteósico. Aún tenían eco las ideas de Vargas Vila, a pesar de la indiferencia de la prensa o la mordacidad de algunos escritores.

La vigencia de la obra de Vargas Vila

Al margen de su indiscutible popularidad, la obra de Vargas Vila guarda un valor estético que se ajusta a los parámetros del decadentismo. Sus libros de política, aun con toda su retórica, fueron en su época la expresión del sentimiento antiyanki de muchos países y sirvieron de canal a todas las frustraciones de un pueblo agobiado por la miseria y las dictaduras. Los campesinos, los estudiantes y los trabajadores encontraron en los discursos de Vargas Vila un eco de su sentir, pero la vigencia de su obra no sólo hay que buscarla en su carácter popular sino en su pro-

sa. El autor despliega su talento en párrafos de gran belleza. La copiosa adjetivación no siempre va en detrimento del sentido, y los galicismos y neologismos le dan cierta flexibilidad a la lengua. Novelas como *Las rosas de la tarde* derraman una delicada sensibilidad en excepcionales fragmentos y en algunas descripciones de los paisajes. Los estados de ánimo tienen que ver con estos paisajes impresionistas y las metáforas sinestésicas enriquecen estos cuadros aún más. Vargas Vila quiso ser esteta en el más puro sentido de la palabra, pero su afán de ser raro y original no le permitió, lamentablemente, diferenciar entre la grandeza y el ridículo.

Vargas Vila escribió cerca de treinta novelas. Algunas de ellas se acercan más al poema que a la narrativa, por lo que no podemos afirmar que el autor de *Ibis* sea un narrador. Sus novelas, como él mismo lo expresó en alguna ocasión, no fueron más que un vehículo de sus ideas políticas. No hay en aquellas historias personajes medianamente verosímiles. Las mujeres no salen de la vida real sino que se escapan de una tela de Carpaccio o de Watteau. Son seres que nos miran sin vida y cuyas expresiones resultan teatrales. Los hombres de belleza andrógina irradian fuerza, pero están tan lejos de nosotros que es difícil conformar su imagen. Todas estas sombras de creaciones artísticas danzan al compás de la música de Wagner, y con estos actores Vargas Vila monta un escenario decadente en donde se recrea él solo con sus recuerdos.

Esta estética es una manera de adornar el terrible escándalo que propicia la lectura de sus novelas. Es su respuesta a la moral cristiana de la que fue víctima, tanto como sus lectores. Blasfemar era propio de una sociedad en la que había que demostrar que ser liberal no era pecado. Lo más curioso de todo es que el hombre que pintaba la belleza del horror –mujeres desfiguradas por el vitriolo, artistas mutilados, padres incestuosos y curas libidinosos– llevaba una existencia de anacoreta y era disciplinado y

sobrio en su intimidad; nada tenía que ver con aquellos héroes demoníacos, aparte de soñar ser ellos o soñarse en ellos. Sin embargo, le gustaba crear el misterio en torno suyo y, si bien no obraba como sus personajes, aspiraba a sentir igual que ellos, como podemos apreciarlo en el diario.

A lo largo de su vida se constata que es el ideal estético el que motiva sus actos, el que determina sus estados de ánimo, el que alimenta sus sueños y le causa frustraciones, hasta el punto de que podemos afirmar que la más frustrada de todas sus obras fue su propia vida. No saber diferenciar entre sus emociones y las de sus personajes lo perdió para la verdadera literatura. Salir de sí mismo le hubiera permitido vislumbrar otras realidades y con su talento, sin duda alguna, otro hubiera sido su destino.

Los temas que abordaba Vargas Vila estaban muy presentes en el alma colectiva. El machismo que caracteriza sus novelas tuvo campo abierto en las fantasías populares y fue la fórmula más efectiva para atrapar lectores. Las gentes trataban de explicarse el "odio que Vargas Vila sentía por las mujeres" y tejían toda suerte de historias. Más de uno afirmaba que, disfrazado, el autor de *Aura o las violetas* había intentado seducir a su propia madre y que, al conseguirlo, el amor que antes sentía se había convertido en odio. La verdad es que Vargas Vila sí sufrió un desengaño amoroso con una dama ibaguereña que lo despreció poniéndolo en ridículo, y su indignación fue tan grande que escribió unos versos mordaces en venganza. Tampoco llegó a casarse, aunque le atribuían amores con una noble italiana. Quienes estuvieron cerca de él y aún pueden dar testimonio de ello afirman que era fino y delicado en su trato con las damas. Vargas Vila vuelve a ser paradójico en este punto, puesto que no hubo otro escritor hispanoamericano que denigrara tanto de las mujeres y al mismo tiempo fuera tan amable con ellas.

A pesar de su reiterada y farragosa misoginia, Vargas Vila propone un ideal de mujer que sepa hacerles frente a las adversidades de la vida y que afirme la voluntad de poder sin perder la esencia de su ser femenino. En *Flor de fango* la heroína muere calumniada y aplastada por la intolerancia de una sociedad pacata y conservadora, pero su carácter fuerte le asigna un aura de dignidad poco corriente en los tipos humanos femeninos que presenta el autor. En cambio, las novelas posteriores a *Flor de fango* tienen una influencia del decadentismo especialmente marcada, y en ellas lo que le interesa resaltar es el vicio y la semilla del mal que hay en toda mujer. En *El alma de los lirios*, las mujeres son desfiguradas física y moralmente por abusar del placer.

Por otro lado, sus libros de política inspiraron a varias generaciones de liberales y antiimperialistas. El liberalismo, en las primeras décadas del siglo, se había convertido en un movimiento internacional que cobraba fuerza en cada uno de los países que deseaban alejarse de la barbarie, del tradicionalismo y del atraso. Frente a tales cuestiones Vargas Vila se mostró radical, hasta parecer anarquista. Sus panfletos surtían un efecto inmediato en la difusión de estas ideas, mezcla de Nietzsche, Schopenhauer y Emerson, y podían ser leídos en una manifestación o en una tertulia. El periodismo jugó un papel fundamental en la transmisión de este ideario. Entonces no había tantas cosas para ocupar los ratos de ocio y, aunque los diarios eran de escasa circulación, quienes los leían lo hacían de cabo a rabo, sin dejar por fuera ni siquiera los anuncios. La voz de Vargas Vila corría de boca en boca hasta los lugares más apartados, donde nadie lo había visto y pocos lo habían leído. Sin lugar a dudas, el periodismo contribuyó a incrementar la fama del escritor, que ya llevaba una larga trayectoria en los diarios: desde 1887, cuando fundó en Rubio, Venezuela, *Los refractarios*, junto con Juan de Dios Uribe y Diógenes Arrieta. Cuando Vargas Vila llegó a Nue-

va York se integró al diario *El progreso* y, más tarde, fundó la revista *Hispanoamérica*; después *La revista* y, finalmente, *Némesis*, que circuló hasta poco antes de su muerte. La intensa actividad en los diarios que fundó fue una de las claves de su popularidad. Y así, el periodismo y la política fueron los grandes pilares en que se sostuvo la fama de quien odiaba ser calificado como "ilustre diarista".

El autor de *Ante los bárbaros* se dirigía a un pueblo amenazado por los tiranos y por un gigante de enormes tentáculos que quería devorar las entrañas de esta América hispana: Norteamérica. No obstante, ese pueblo de rudos campesinos castigados por la ignorancia estaba muy alejado de él, que vivía encerrado en su "soledad absoluta", entre las visiones del arte y los sueños de grandeza. El autor temía mezclarse con la multitud y sentía un rechazo profundo a la pasividad de estos pueblos. No obstante, ser admirado y vitoreado por aquellos seres vulgares no dejaba de halagar su vanidad. Pero tampoco quería mezclarse con los escritores de su tiempo. Admiraba a Darío, al que miraba con la benevolencia con que un padre trata al más necio de sus hijos; celebraba su genio, mas se lamentaba de su deplorable conducta. Decía que prefería despertar el odio y la envidia de sus contemporáneos, antes que ser adulado por éstos. Su vida transcurría sombría en aquella Barcelona de principios de siglo, sacudida por las huelgas generales y por los atentados anarquistas. Temía, más que todo, por sus libros, porque las huelgas paralizaban las editoriales y otra vez el fantasma de la pobreza venía a atormentarlo. Sin amigos, el único compañero de triunfos e infortunios fue Ramón Palacio Viso, un desconocido poeta venezolano que desde muy joven lo acompañó en su recorrido por todos los países. Con él vivió cerca de treinta y cinco años y a él quiso dejarle su única fortuna: sus libros y su diario.

El éxito de Vargas Vila había declinado hacia 1915, pero como él estaba tan encerrado dentro de sí mismo no